

"Síntoma, resto e identidad"¹

Camila Vidal, *Psicoanalista*

En el Proyecto de una psicología para neurólogos, Freud plantea que la repetición es la reiteración de una experiencia de satisfacción primaria de alguna manera frustrada, insuficiente. Explica como su fundamento, el de la repetición, es el fracaso: la satisfacción obtenida por la repetición no es equivalente a la satisfacción buscada, a la satisfacción exigida. Hay siempre un déficit. Este déficit es fundante y Freud ve allí el origen que empuja hacia adelante al ser humano, que le impide satisfacerse con cualquier situación establecida y lo obliga a avanzar en su camino hacia la muerte, sin que el fin de una satisfacción completa pueda ser alcanzado.

¿De qué naturaleza es esta satisfacción perdida?

El sujeto está atravesado por el lenguaje, atravesado en el sentido de que se encuentra con él, y este atravesamiento de la lengua, lo reenvía a un lugar previo de satisfacción, anterior a este atravesamiento significativo mismo, en donde la mirada y la voz, tanto la propia como la ajena de la asistencia, se situarán en un antes del lenguaje, estableciendo, o conformando un goce, una satisfacción, que se perderá definitivamente cuando el sujeto acceda plenamente a ser un sujeto hablante.

Es la reminiscencia de ese goce perdido en lo real, pero tan verdadero como las propias palabras que posteriormente lo conformarán, lo que deja al sujeto en una permanente evocación de una satisfacción perdida, previa al establecimiento de la palabra, y que lo remite a una profunda y pertinaz insatisfacción que conlleva una agresividad en todo vínculo humano.

¹ Ponencia presentada en la XV Jornada de las Formaciones Clínicas del Campo Lacaniano en España - F9. Tarragona, 30 de mayo de 2015

Es esta satisfacción perdida, por el acceso del sujeto a la palabra, lo que trata de reencontrarse en la repetición, reencuentro siempre imposible.

No es el concepto de falta, como nos señala Lacan, el que mejor conviene a esta operación, sino más bien el modelo es el de No hay relación sexual ya que este goce, así conformado por la inmisión del sujeto en el lenguaje, está perdido para el hablanteser por quedar fuera de lo simbólico, es un goce perdido en cuanto que separado por la operación de humanización, está perdido pero está. Es como La mujer que no existe o el tiempo que el inconsciente no conoce, lo que no es óbice para que cada uno tenga que confrontarse tanto con el otro sexo como con el paso tiempo de ahí las dificultades que engendran ambas cuestiones para todo ser humano.

Lo sabemos, sabemos que está, porque es eso que se presenta como imposible para cada uno de nosotros, eso que no va siempre de la misma manera, eso, en definitiva, que nos hace tropezar siempre en la misma piedra, según reza el dicho. Por lo tanto no solo tiene efectos sino que conforma el núcleo de identidad que podremos cernir quizás al final de la cura.

El sujeto sólo puede culpar al Otro de esta ausencia de satisfacción; es la misma operación del lenguaje lo que impide conocer la naturaleza de esta separación fundante y el sujeto solo puede reconocerla como pérdida, como falta. El modelo podría ser como la ausencia fálica en la niña, de la que Freud nos decía que ante la diferencia de los sexos la niña no decía no tiene porque es niña, sino que dice no tiene porque le falta. Lacan nos aclara que a la niña, a la mujer no le falta nada, pero el inconsciente se constituye con esta equivocación. Así mismo el sujeto sólo puede registrar esta operación de separación no como fundante, no como constitutiva de su aparición como sujeto en el mundo, sino como falta.

Se trata, por lo tanto, de la particular relación que cada sujeto pueda llegar a establecer con ese goce (relación imposible, por otra parte), con la marca de esa separación que permitió a cada uno su humanización.

La neurosis es el proceso, constituido muy tempranamente, que consiste en la atribución de esta falta al Otro y el neurótico se consagra a esta atribución: no sólo culpamos al Otro por haber sido el causante de dicho cercenamiento, por nuestra falta de satisfacción (la madre, la pareja, el extranjero, el vecino) sino que además se le supone el haberse quedado para sí ese goce sustraído: el Otro goza de mí.

El síntoma lleva la marca de este goce separado y se construye con esta atribución que se realiza a través de la identificación. Es la tos de Dora que no solo supone la atribución de una particular forma de gozar al padre sino el usarla a ella para poder obtenerla.

Hay síntomas exitosos, podríamos decir, que consiguen ahogar el ruido producido por la insistencia de esa marca, ego sintónicos decía Freud.

Pero en general podemos decir que son síntomas más bien fracasados. Este fracaso del síntoma en taponar el real del que se trata, es también su éxito, y advendrá al final de la cura, el síntoma, como la marca de ese fracaso y el sujeto sabrá que no puede librarse de él, aunque ya no sirva, aunque en ocasiones continúe complicando su existencia, confrontándolo quizás con lo peor de sí mismo, pero una vez sabido esto en el análisis la consecuencia es que dejará de querer "curarse", aceptará hacer con él, que no quiere decir otra cosa que dejarse arrastrar a donde su síntoma lo lleve, dejarse conducir por él, si algo puede hacer en la vida ha de ser contando con el peso de esa marca.

Con el atravesamiento del fantasma y la caída del Otro lo que queda de manifiesto es que ese goce, tanto aquel que está como más precisamente

podríamos decir aquel que falta ya no puede atribuirse al Otro y el sujeto podrá tomarlo a su cargo.

El resto es ese goce, ese goce faltante, inextinguible e inabordable. En un tiempo se decía que el final del análisis suponía un cambio de signo del goce. Ya no se dice más, sin embargo algo de esto es lo que se produce, ya que ese goce que aparece como dificultad, como tropiezo, se convierte al final del análisis, sin dejar de ser tropiezo, en el punto a partir del cual el sujeto podrá... hacer algo. Ha de ser contando con el peso de esa marca que algo del deseo podrá realizarse, por lo tanto eso que constituía la mayor dificultad del sujeto y de lo que él pretendía desembarazarse aparece no sólo como irreductible sino como siendo la base y el motor del deseo para ese sujeto (ejemplo de una mujer mundana a una mujer de mundo). Así que es verdad que un cierto cambio de signo se ha producido.

El deseo del analista hace su aparición en esta coyuntura.

Si decimos que es un deseo inédito en el mundo es porque no existe fuera del dispositivo y, a diferencia del deseo inconsciente, no es particular sino que hace su aparición con el análisis mismo. Es lo que resulta y se puede poner en funcionamiento una vez que el recorrido analítico ha desembarazado al sujeto de su creencia en el Otro, haciéndolo responsable de su propio goce, tanto de aquel que está como del que falta, fundamentalmente del que falta, ya que es lo que permitirá no situar al analizante como objeto en la búsqueda de ese goce faltante, sino dejar un lugar vacío permitiéndole así encontrarse con ese deseo inédito, en el que por primera vez no será tomado como cuerpo.

La cultura se asienta sobre este resto, goce inabordable atribuido al Otro. Es el mito del padre de la horda primitiva que gozaba de todas las mujeres; de ahí sus segregaciones y sus malestares. Lo particular del capitalismo es el intento, apoyado en la ciencia, de puentear este resto, de hacerlo desaparecer, que produce sujetos aislados con su goce, a la manera de como lo produce la droga

pues es el resto, o más bien el síntoma que produce ese resto lo que permite el lazo social.

Lo único verdaderamente productivo es la forma en que pueda abordarse ese imposible, esa no relación de cada uno con ese goce cercenado. Hacer con él, nos dice Lacan. Su reducción, la reducción de ese imposible, lejos de contribuir al bienestar de los sujetos y al progreso de la cultura produce la debilidad subjetiva que ya podemos constatar tanto en la clínica y como en lo social y el retroceso cultural.

El deseo del analista, es decir, el psicoanálisis mismo, tiene a su cargo hacer presente este resto en su vertiente de imposibilidad, de cada sujeto confrontado con su propio imposible, frente al horror desencadenado por todos los intentos de aliviar al sujeto de esta carga, dejándolo sin punto de amarre, debilitado y perdido en la búsqueda de su propia identidad.